



Centro Bíblico Nuestra Señora de Sión
Av. Directorio 440 – C.A.BA.
www.sion.org.ar

Primeras Palabras

Una reflexión desde el judaísmo sobre las lecturas del Primer Testamento de la Liturgia Cristiana Dominical.

Frecuentemente leemos y meditamos la primera lectura de la liturgia dominical desde el Evangelio o del Nuevo Testamento. Pero podemos dar un paso nuevo, diferente, y que sea acorde al carisma de Nuestra Señora de Sión: recibir el pensamiento judío sobre estas lecturas.

¿Qué piensa y dice el judaísmo sobre la Palabra de Dios, Palabra que en el Primer Testamento es común a la tradición judeo-cristiana?

Para compartir esta Palabra, la rabina Silvina Chemen (silvina.chemen@gmail.com), de la Comunidad Bet El, nos ayudará a leer las lecturas del Primer Testamento que corresponden al mes de **AGOSTO de 2011**.

Esperamos brindar un aporte y un importante servicio a todos los hermanos con esta iniciativa.

(NOTA: Los judíos no pronuncian ni escriben el nombre de Dios, por eso verá en el escrito la palabra D"s en lugar de Dios; los textos son tomados de la Biblia Latinoamericana)

Domingo 07 de Agosto de 2011 - 19º domingo de tiempo ordinario

1 Reyes 19,9a.11-13a

En aquellos días, cuando Elías llegó al Horeb, el monte de Dios, se metió en una cueva donde pasó la noche. El Señor le dijo: "Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!" Vino un huracán tan violento que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva.

En el Sinaí, Dios les habló a Moisés y al pueblo de Israel. Truenos, relámpagos y un sonido de cuerno de carnero cada vez más fuerte precedía y acompañaba la Palabra de Dios. Siglos más tarde, el profeta Elías regresa a la misma montaña de Dios y se encuentra listo para escucharlo.

El texto hebreo, a diferencia de la traducción que aparece aquí continúa diciendo:

.... Y tras el terremoto un fuego: pero Dios no está en el fuego. Y tras el fuego una voz de suave silencio.

La suave voz del silencio. El sonido más estremecedor que escuchó el profeta, en este día, fue el del silencio.

Palabras que se dicen con voz fuerte se hacen oír, impresionan. La experiencia de Elías muestra que Dios no quiere impresionarnos, sino ser comprendido y recibido. Dios eligió «una voz de fino silencio» para hablar. Lo mismo nos pasa hoy, a nosotros y con nosotros. La voz de la fe no está para hacernos oír por sobre otros, no es un tiempo para impresionar, sino que en el fondo, lo que queremos es ser comprendidos y recibidos. Por Dios, por los que amamos, y fundamentalmente, por nosotros mismos.

Beethoven, en su novena sinfonía, en la conocida parte coral del último movimiento, nos lleva a un momento culminante: se trata de un acorde monumental, en que la orquesta y el coro, al unísono, gritan la palabra “Gott” (Dios). Es un inconmensurable acorde tenso, en el que los oyentes se estremecen hasta las lágrimas. Pero no es ese acorde lo que produce la increíble sensación de poder que trasmite Beethoven. Ese acorde no sería nada si al momento no se produjera una resolución del mismo, una relajación tras la tensión. Beethoven, como gran maestro no solo de la música, sino de las dificultades del espíritu humano, supo que lo que más podía movilizar a los corazones de los hombres era el silencio. Ese monumental silencio después del monumental acorde hace que la tensión resuene en nuestras cabezas.

No busquemos a Dios en los truenos, ni en el fuego, ni en cualquier tipo de fanatismo. Buceemos en nuestros silencios que puján por ser oídos.

Domingo 14 de Agosto de 2011 - 20º domingo de tiempo ordinario

Isaías 56,1.6-7

Así dice el Señor: "Guardad el derecho, practicad la justicia, que mi salvación está para llegar, y se va a revelar mi victoria. A los extranjeros que se han dado al Señor, para servirlo, para amar el nombre del Señor y ser sus servidores, que guardan el sábado sin profanarlo y perseveran en mi alianza, los traeré a mi monte santo, los alegraré en mi casa de oración, aceptaré sobre mi altar sus holocaustos y sacrificios; porque mi casa es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos."

Quisiera aprovechar las palabras del profeta Isaías para aclarar un concepto esencial para la tradición judía que es el lugar del llamado “extranjero”. Y lo escribo entre comillas dado que la palabra extranjero no es una traducción correcta de lo que nuestras escrituras conciben como alguien que no pertenece o que no nació en la tradición judía. Extranjero alude necesariamente a extraño, a alguien que me es ajeno. Y sin embargo, en el hebreo bíblico, aquél que no es parte del pueblo de Israel es llamado “guer”, de la raíz “gur” que quiere decir: *habitar*. El *guer* es el que mora con uno, el que comparte la cotidianeidad, el que trabaja con uno... y a ese “guer”, la Biblia hebrea le dedica un sinnúmero de preceptos que los miembros del pueblo judío deben cumplir. Sólo para citar alguno de ellos:

Éxodo 23:9: “No oprimas al “extranjero”...”

Éxodo 23:12: “Seis días harás tus trabajos, y el séptimo descansarás, para que reposen tu buey y tu asno, y tengan un respiro el hijo de tu sierva y el “extranjero”.”

Deuteronomio 24:14: “No hagas agravio al jornalero pobre y menesteroso, así de tus hermanos como de tus “extranjeros” que están en tu tierra en tus ciudades.”

Éxodo 22:21: “Y al “extranjero” no engañarás, ni angustiarás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto.

Lev 19:33-34: “Como a un natural de vosotros tendréis al “extranjero” que peregrinare entre vosotros; y ámallo como a ti mismo; porque peregrinos fuisteis en la tierra de Egipto: Yo Dios vuestro Dios.”

Domingo 21 de Agosto de 2011 - 21º domingo de tiempo ordinario

Isaías 22,19-23

Así dice el Señor a Sobná, mayordomo de palacio: "Te echaré de tu puesto, te destituiré de tu cargo. Aquel día, llamaré a mi siervo, a Eliacín, hijo de Elcías: le vestiré tu túnica, le ceñiré tu banda, le daré tus poderes; será padre para los habitantes de Jerusalén, para el pueblo de Judá. Colgaré de su hombro la llave del palacio de David: lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá. Lo hincaré como un clavo en sitio firme, dará un trono glorioso a la casa paterna."

Elaicín (Eliakim- en hebreo) vivió durante el reinado de Ezequías, rey de lehudá. Como leemos, Sobná era administrador en el palacio del rey, lo que representaba entre otras cosas hacerse cargo de la casa real y de aconsejar al monarca. Por sus conspiraciones contra el rey, fue sustituido por Eliacín, quien se hizo cargo de la pesada llave de palacio. El uso de la palabra **llave** es una evidente metáfora. La llave que abre las puertas de la ética, la protección y la valoración por el otro, nadie podrá cerrarlas, aún en los momentos más sombríos. Y por el otro lado, aquél que tenga la honestidad de cerrarle la puerta a la corrupción y a los manejos espurios de poder, aunque el medio lo tienta, aunque las cuentas se engrosen, aquella puerta no se abrirá. No todos los medios son válidos para llegar a una meta. Hay caminos que denodadamente deben cerrarse para ser merecedor de la llave del reino; más allá de posiciones políticas, estoy hablando del reino de la justicia y de la paz. Y quizás por eso el nombre del portador de la llave se llamará Eli-Akim, "mi Dios levantará". Cuando uno no pacta con la deshonra, el mismo Dios se encarga de sostenernos y elevarnos.

Domingo 28 de Agosto de 2011 - 22º domingo de tiempo ordinario

Jeremías 20,7-9

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Siempre que hablo tengo que gritar: "Violencia", proclamando: "Destrucción". La palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio todo el día. Me dije: "No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre"; pero ella era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía.

Los profetas son los seres más sensibles en épocas donde el fin humano se desvía tras intereses corruptos. La tarea de ser profeta no es simple. El pueblo de Israel tuvo cuarenta y ocho profetas y siete profetizas cuyas profecías fueron transmitidas para el futuro. Sin embargo, su misión no fue ni placentera ni agradable. En su mayoría, debieron advertir al pueblo acerca de conductas que debían modificar y modos de vida errados. Habitualmente la gente no quiere escuchar a los que la amonestan. Prefieren permanecer en la comodidad de los hábitos acostumbrados y, todo aquel que viniera a cuestionarlos es visto como un agresor.

Jeremías fue objeto de toda clase de persecuciones a manos de quienes no se alegraban con sus palabras. Fue encarcelado en época del rey Zedekiah por advertir la próxima caída de Jerusalén en manos de los caldeos y la destrucción del Templo

de Jerusalén.

Jeremías fue lo que hoy se llamaría un "enemigo político" o un "elemento desestabilizante" para el régimen. La gente creía que esas profecías tremendistas eran producto de su fantasía.

Y a pesar de la desazón y la persecución, aquél que se compromete con la palabra divina y la justicia divina en la tierra no puede dejar de actuar. Jeremías no tenía opción, sino seguir transmitiendo la palabra de Dios.

Al igual que con los profetas, aunque a veces duela, aunque sintamos que lo que decimos cae en saco roto, aún cuando nos agobia nadar contra la corriente y querramos bajar los brazos, ya no tenemos retorno cuando nos hemos comprometido con causas justas y con la verdad. Cuando estas causas están en nuestras "entrañas", como "fuego ardiente", "encerradas en los huesos", ya no podremos escapar a la misión de intentar, al menos, sanar la inequidad de este mundo.